

CAPÍTULO IX.

MADRE É HIJO.

No cabe duda que despues de esas terribles tempestades, en las que parece que los elementos reñidos chocan y se disputan entre sí la triste tarea de desmoronar el mundo; en que los prados barridos por furioso huracan se agitan violentamente como temblando ante el aspecto terrible de los espesos y negros nubarrones que amenazan arrasarlos, palidecen las flores cerrando sus perfumados pétalos para librarlos del furor de la tormenta, y se refugian los pájaros en sus nidos, pidiendo proteccion al árbol, cuyas ramas se inclinan profundamente ante la superioridad de los fuertes aquilones que, rugiendo de-

sapiadados, les despojan de sus hojas primerizas, y en que la naturaleza entera parece cubierta con fúnebres crespones; el primer rayo de sol que rasga las nubes es más brillante que el último que éstas nos ocultaron; su luz es mucho más viva; mayor su hermosura, y lo recibimos regocijados como un bien nuevo á inesperado. Así la buena Isabel, sobre cuyo corazon descargara tan terrible tormenta, al recibir en sus brazos á su adorable amiga, que era el rayo de sol que alejaba á aquella, sintióse recobrar la salud, su corazon se reanimaba y su espíritu fortalecia. Miraba á su hija con semblante risueño, y el porvenir con tranquilidad. En una palabra; abria su pecho á la santa esperanza, que es el alimento con que se nutre toda alma cristiana. ¡Esperar!... Hé aquí una palabra que desespera á veces, y que, sin embargo, nos acogemos á ella en medio de las más grandes vicisitudes de la vida. Esperamos sin saber qué ni en qué; pero esperamos, pues la infinita misericordia, que

jamás aparta de nosotros sus propicias miradas, como bálsamo á nuestros mayores quebrantos, nos ha dado la esperanza de tiempos mejores; que por más que no tengamos en qué fundarla, nos queda siempre el sublime: ¡Dios sobre todo!

Isabel, además de esperar en Dios, esperaba con harta razón en su excelente amiga. Conocía el corazón de ésta; recordaba que siempre la había querido como hermana, y la recibió en medio de su desgracia como un emisario de la Providencia, pues como tal supo encontrar un bálsamo consolador para cada una de sus heridas. No temía ya la miseria, porque desde que su amiga visitó la guardilla había huido insensiblemente por la pródiga mano de aquella, en términos que no solamente podía satisfacer todas sus necesidades, sino muy holgadamente las de sus buenos amigos doña Carmen y su hijo; no la muerte, porque caso de que tal aconteciera, su querida hija encontraría una segunda madre. Pensaba en su esposo con tristeza,

sí, pero no con desesperación; tenía presentes cada momento las palabras de Adriana, y abrigaba la esperanza de que todavía le sería dado depositar un beso en los fríos restos de aquel. La fé, la esperanza y el amor rejuvenecían su corazón, poco ántes desesperado, y la dulce tranquilidad que empezaba á sentir en su pecho, quería, como hiciera con sus penas, comunicarla á sus queridos vecinos; mas ¡ay! que mientras renacía la calma en su angustiado corazón, la perdían los del hijo y de la madre; el del hijo, porque estaba herido de muerte; el de la madre, porque creía adivinar la herida de su hijo. En efecto, Enrique de Velasco sufría, sufría mucho más de lo que su madre pensara, pues tenía el doble sufrimiento de padecer y callar. Sobrehumanos esfuerzos le costaba sostener un disimulo para el cual era necesaria una fuerza de voluntad superior á toda prueba; así que, cuando se creía libre de la penetrante mirada de su madre, mirada que parecía querer profundizarle el alma, se

abandonaba con entera libertad á aque-
sentimiento que le enloquecía, conducién-
dole muchas veces á la desesperacion, y
casi siempre al delirio. No nos será difícil
sorprenderle en uno de estos momentos, si
penetramos en el reducido y humilde apo-
sento que ocupa en la guardilla. Con las
manos metidas en los bolsillos de su pan-
talon, la cabeza inclinada sobre el pecho
y la vista fija sin saber dónde, iba pasean-
do á grandes pasos la corta distancia que
separaba la puerta de la mesa en que es-
cribía. Pálido y ojeroso, mordíase de vez
en cuando el labio inferior; parábase, di-
lataba sus pupilas como si delante tuviera
algun objeto que absorbiera toda su aten-
cion, y luego murmuraba consigo mismo:

—¿Por qué no?... querer es poder....
yo podré, porque quiero. No tengo talen-
to, mas no me falta ingenio; con él y mi
corazon, con este corazon que hoy se sien-
te capaz de acometer las más árduas em-
presas, conseguiré lo que deseo, lo que ne-
cesito. ¡Conquistarme un nombre!... sí...!

el nombre me dará la fortuna... dado el
primer paso, lo demas se consigue fácil-
mente, ¡Oh! este paso necesito darlo pron-
to, muy pronto... mas... ¿cómo?...
Y volvió a pasearse con mayor agitacion
y sin interrumpir el agradable sueño á que
estaba entregado, continuó con un gesto
de desagrado y como contestando á su pro-
pio pensamiento. ¡Oh! no, el camino de la
política es demasiado escabroso, y mi pe-
cho sobrado leal para enredarme en él...
¡Si yo pudiese escribir una obra que con-
siguiera llamar la atencion general... que
abrazara todas las clases de la sociedad,
que sin ser política, ni filosófica, ni seria, ni
jocosa, lo fuese todo... Instantáneamen-
te dióse una palmada en la frente; dejóse
caer con violencia en una silla, á trueque
de romperla, exclamando: La obra está
hecha... ¡Oh, sí... la he escrito en
medio del mayor infortunio, sin saber que
la escribía... sí, ella; ella me ha de dar
lo que ambiciono. Ó yo deliro y no entien-
do de literatura, ó mi *Mundo á vista de pá-*

jaro ha de conmover al mundo... Sí, sí; él me dará nombre, éste fortuna, y entón- ces.... ¡Oh, Adriana, Adriana!... y de- jó caer la cabeza entre sus dos manos.

La guardilla era reducida, y la habita- cion de la madre, contigua á la del hijo, que á medida de su entusiasmo levantaba la voz hasta pasar del imperceptible mur- mullo á exclamaciones y voces que destro- zaron el corazon de la anciana, pues ellos la decian el delirante estado de su hijo; así que, no pudiendo resistir lo que oia, precipitóse á la habitacion del jóven, y ro- deándole el cuello con sus brazos, exclamó:

—¡Hijo del alma, cuánto sufres!

Como si despertara de un sueño, levan- tó Enrique la cabeza, y miró á su madre con ojos despavoridos diciéndola:

—¿Qué quiere usted?

—¡Qué quiero!... ¿y me lo preguntas?... ¿no sabes que adivino, que veo en tu corazon cuanto en él se encierra? Enrique, tú suf- res; sufres, hijo mio, y me lo ocultas! ¿Ol- vidas que soy tu madre, tu mejor amiga,

tu mejor consejera? ¡Me preguntas qué quiero! Quiero tu tranquilidad á costa de la mia, la paz de tu corazon en cambio de mi vida.

Asió el jóven las manos de su madre, estampó en ellas un tierno beso, serenó su semblante, sonrió de la manera más natu- ral que le fué posible, sonrisa en la que doña Carmen vió toda la amargura que él trataba de ocultarla, y luego dijo:

—Es verdad que sufro, madre mia, mas no en el extremo que usted cree; su ma- ternal cariño le exagera mis pesares, que en realidad no tienen nada de extraordi- nario. Acuérdesse usted de los malos ratos que pasé al vender mi primera obra; hoy vendo la segunda, en la cual cifro todas mis esperanzas; se acerca el momento de verlas realizadas ó desvanecidas, y estoy como el reo que espera su sentencia.

—Sin embargo, prosiguió doña Carmen, desde que empezaste á escribir tu libro, te resignaste á venderlo como el primero; tus esperanzas se limitaban á cobrar en

cambio de él lo que la necesidad te obliga a aceptar . . .

—Es cierto, dijo Enrique desconcertado por las palabras de su madre, eso decía yo, y á eso me resignaba; mas era porque no habia llegado aún el momento de la prueba. Hoy es diferente; sé lo que vale mi libro, sé que él puede darme un nombre, y tengo ambicion de gloria, porque el primer laurel que se me conceda ha de ser el primer eslabon de mi fortuna.

—¡Oh, hijo mío! exclamó la anciana, no te entregues á semejantes sueños, que luego te será la realidad más terrible y desconsoladora.

—Déjeme usted soñar, madre mía. ¿qué quiere usted? soy ambicioso, y aunque no sea mas que en sueños, déjeme usted ver mi ambicion satisfecha.

—¿Y desde cuando? ¿Por qué? ¿Por quién eres ambicioso? preguntó doña Carmen clavando sus penetrantes ojos en su hijo, que bajó los suyos como si no pudiera resistir la luz de aquella mirada.

Hubo un momento de silencio que á los dos se les hacia difícil interrumpir. Doña Carmen, porque esperaba que su hijo contestara, queria tener el placer de que él fuera el primero: sabia que su Enrique era incapaz de mentir, y estaba segura de que al contestarla, desahogaria en ella su corazón: ¡es tan dulce para una madre poseer todos los secretos de su hijo! Enrique callaba, porque le faltaban palabras que responder á la sencilla pregunta que su madre le dirigiera, pregunta que le habia vuelto en sí y ante la cual sentíase humillado. En efecto, ¿por quién era ambicioso? ¿Éralo acaso por su madre, que tantos sacrificios habia hecho, que tantas penalidades habia sufrido para darle una regular instruccion? ¿Por su madre, que al quedar viuda en la flor de su edad, renunció á todo porvenir que otro hombre pudiera ofrecerle por no dar padrastro á su hijo? ¿Por su madre, que empezó despojándose de sus joyas y sus trajes, y acabó por carecer del sustento necesario para

que de nada careciera su adorado Enrique? ¿Ambicionaba una fortuna para colocar á aquella que le dió el sér en la esfera que habia nacido, y de la que la habia separado el entrañable cariño que á su hijo profesaba? Forzoso le era confesarse á sí mismo que la idea de su madre no era la culminante en sus miras ambiciosas; así que, confuso al verse descubierto y comprendiendo lo descabellado de sus pensamientos, arrojóse al cuello de la anciana, y estrechándola en sus brazos, exclamó:

—Perdon, madre mia; soy un loco, soy un insensato.

—¡Pobre Enrique! . . . murmuró aquella, y haciéndole sentar á su lado, continuó: á toda enfermedad hay que aplicar pronto el remedio: yo sé la que te aqueja, y es preciso curarla cuanto ántes.

Enrique tembló; sentia que le mataba la enfermedad de su corazón, y huía de todo remedio. Amaba un imposible, y comprendiéndolo así, queria seguir amándole, pues sentíase sin fuerzas para curar aquella pa-

sion que era su felicidad y su mayor tormento. Así que, alarmado por las palabras de su madre, trató de tranquilizarla en estos términos:

—Dice usted bien, mas no se inquiete usted: el remedio yo lo pondré desde hoy. Conoce usted mi fuerza de voluntad nunca desmentida; con ella, con sus consejos y su cariño, me curaré. Esto ha sido un extravío de mi imaginacion; mejor dicho, un sueño de poeta. Corria tras de mi ideal sin ver que un abismo nos separaba, la voz de usted me ha despertado, su querida mano enseñado este abismo. Gracias, madre del alma, soy hombre fuerte y me haré superior á todo.

—No, Enrique, este es un sueño tan temible como el otro. Se olvida á un sér vulgar, pero no á uno dotado de tan raras cualidades como el que tienes grabado en tu corazón.

—Sin embargo . . . balbuceó el jóven por decir algo, pues comprendia toda la

verdad que encerraban la palabras de su madre.

— Enrique, continuó ésta, preciso es emplear un remedio pronto y eficaz, pues mi pecho se desgarró al verte sufrir por un imposible.

— ¿Cree usted, madre mía, que hay algo en el mundo que tenga más dominio sobre mí que mi misma voluntad?

— Sí.

— Usted, balbuceó Enrique con la cabeza baja.

— No, ella.

Cerró el joven los ojos, y un estremecimiento corrió por todo su ser. Cierta: su solo recuerdo, la sola palabra «ella», le heló la sangre en las venas, agolpándola á su corazón, como dando un mentís á la fuerza de voluntad de que blasonara. Su madre continuó:

— Sí, hijo mío, tus mejores propósitos, toda la energía de que te crees dotado, serán derrotados y vencidos ante su presen-

cia, y una sola de sus miradas bastará para sumergirte de nuevo en lo que tú llamas sueño, y yo, dándole su verdadero nombre, llamo delirio. No será suficiente que la razón te diga: «Desecha esa quimera, esa locura, lo que tú piensas es tan insensatamente imposible, como unir la tierra al cielo, como llegar hasta el sol, como abrazarse el pequeño jilguero al águila arrogante;» porque la efervescencia de tu corazón le responderá: «¿Porqué no? el mundo es mío; Dios, al crearlo, púsole bajo el dominio del hombre; así que echaré mano de...» todo cuanto tu desvarío te ponga por delante; y de sueño en sueño, de ilusión en ilusión, llegarás hasta lo infinito; mas al despertar y caer de pronto en esta guardilla, sentado ante esta mesa, donde está palpitante la horrible realidad de tu pequeñez y de tu impotencia, aumentará tu desesperación, de la cual yo quiero librar-te á costa de todo. No, hijo mío, no basta tu fuerza de voluntad; es necesario algo más.

— ¿Qué? hable usted, dijo el joven des-

concertado y sin tener razones con qué combatir las de su madre.

—Lo primero y principal es evitar verla; más claro, no verla más.

—¿Qué dice usted? exclamó Enrique palideciendo, cual si hubiese sentido penetrar en su corazón la aguda punta de un puñal.

—Hé aquí tu firme voluntad puesta á prueba; el medio más sencillo te parece un imposible; el camino más llano, escabroso y sembrado de espinas. ¡Oh, Enrique! ¿preferirías conducirte por tí mismo á la desesperación y verme morir de pena, á seguir mis buenos consejos? ¿Qué interés crees que los dicta? ¿será acaso mi egoísmo?

—Cese usted, madre querida; no me hiera usted con sus justas reconvenciones; no es ingrato su hijo; no, mas . . . lo que usted me dice me hace daño, porque . . .

—¿Por qué? acaba, prosiguió la anciana.

—Porque . . . la amo con toda mi alma; ¡tenga usted piedad de mí . . . balbucó el jóven dejando caer la cabeza sobre el hombro de su madre.

—Dios la tenga de ambos, hijo mio, prosiguió ésta sin poder contener sus lágrimas.

Los repetidos sollozos de la madre llegaron al corazón del hijo, que echando atrás la cabeza y pasándose la mano por la frente como despertando de un letargo, púsose en pié, y tomándola ámbas manos:

—No, madre mia, dijo, no será Enrique quien la haga llorar; disponga usted lo que quiera, y sumiso seguiré sus consejos. Tiene usted razón; es preciso hacer frente á este loco desvarío que se ha apoderado de todo mi sér; soy hombre y sabré hacerme superior á todo. ¿Qué quiere usted de mí?

—La paz de tu corazón, hijo de mis entrañas.

—¿Cómo ha de encontrarla?

—Poniendo los medios.

—¿Cuáles? diga usted.

—Primero, acudiendo á tu buen criterio, que no dejará de hacerte ver lo descabellado de tu funesto amor.

—Segundo . . .

—Dejar de verla para siempre, hacerte

cargo que ha muerto, pues tal ha de ser para tí.

—¿Y cómo conseguirlo? Para esto sería preciso dejar de ver á Isabel, separarnos de ella, pues sabe usted que las dos son cuerpo y alma; y ¿cómo tal separacion sin dar un golpe mortal en el corazon de nuestra amiga? Ella, que vé en usted una madre y en mí un hermano, con los que parte sus penas y sus glorias; ella, que por no separarse de nosotros no ha querido abandonar su guardilla renunciando á todas las comodidades con que su amiga la brindaba, ¿cómo habia de tomar un hecho tan brusco y fuera de razon? Piénselo usted bien, madre mia, no merece Isabel que tal hagamos.

Quedóse doña Cármen un momento pensativa, y luego, como si una idea acudiera á su mente, exclamó:

—Hay medio de conciliarlo todo.

—¿Cuál?

—Hablarle yo á Isabel, decirle lo que

ocurre, y ella, cual yo, comprenderá la necesidad de tal paso.

Hizo Enrique un gesto de desagrado, al que sucedió una benévola sonrisa, diciendo luego con enérgico acento:

—Madre mia, usted me quiere con toda su alma.

—¿Puedes dudarlo?

—Jamás: no se lo pregunto á usted; tengo esta seguridad: pues bien, por el inmenso cariño que usted me tiene, le suplico que deje las cosas tal como están. No dé usted un paso, no diga usted una palabra, que me haría caer en el más espantoso ridículo; no con su excesivo amor hiera usted mi amor propio; soy hombre y sabré serlo. A las borrascas de mi corazon yo solo debo hacerlas frente; le he confesado lo que él encierra, porque es usted mi madre; aconséjeme usted cuanto quiera, yo siempre atenderé sus palabras, pero déjeme usted obrar como debe hacerlo un hombre.

—¿Y quieres que yo imposible te vea

sufrir? ¡Oh! Esto es pedir más de lo que puede dar de sí á mi corazón.

—Entonces me obligará usted á que le oculte todo lo que pueda hacerme padecer, y en vez de buscar sus consuelos, tendré la doble pena de sufrir y callar.

—¡Oh! no, no; en el pecho de tu madre es donde debes depositar tus pesares.

—Pues bien, tranquilícese usted; yo me haré superior á este sentimiento que se ha apoderado de mi corazón.

—¿Y si él se hace superior á tí?

—Evitaré que llegue este caso; mas si tal sucediera, buscaré consuelo en su cariño. Por de pronto, vea yo risueño su semblante, que así se alegrará el mio.

—A lo ménos, evita verla en cuanto te sea posible.

—Se lo prometo á usted . . . no hablemos más de esto. Ahora me es fuerza dejarla á usted, pues á las ocho me espera el editor, y faltan los diez minutos necesarios para llegar allá.

—¿Hoy debeis cerrar el trato?

—Hoy veré en cuánto estima mi obra.

—Valor, Enrique mio.

—Sé lo que ha de decirme, y estoy preparado á todo. Adios.

Y dando un beso en la frente de su madre, precipitóse á la escalera, salvando en segundos los ciento doce escalones que le separaban de la calle. Una vez en ella, respiró fuertemente como si algun peso le agobiara el pecho, y embozándose en su capa, echó á andar, murmurando entre dientes:

—¡He mentido! . . . no estoy á todo preparado . . . Mi orgullo y mi corazón se sublevaran al verme precisado á aceptar las dádivas con que Isabel muy delicadamente, y por mano de ella, socorre nuestras necesidades, que solo con la venta de mi libro me será dable rehusar. Éste vale algo, vale mucho, es toda mi esperanza, y no consentiré, por cierto, que el editor se burle de mí abusando cruelmente de mi posición. Según sus condiciones, le arranco el libro de las manos y . . .

¿qué haré, Dios mío, qué haré?.... y Mi madre.... las deudas que hemos contraído.... verémos. Y apretó resueltamente el paso hácia la calle Mayor.

En tanto, doña Carmen, postrada de rodillas ante una imagen de Nuestra Señora del Carmelo, cruzadas las manos sobre el pecho y arrasados en lágrimas los ojos, rogaba á la Divina Madre por el hijo de sus entrañas.

CAPÍTULO X.

LA VISITA.

Desengáñate, Luis, estás perdiendo un tiempo precioso; dos meses hace que está Adriana entre nosotros y nos encontramos como el primer día.

—Ya: ¿tú crees fácil la conquista de la primita? Pues yo te digo que es tarea más árdua de lo que á simple vista parece.

—No veo la razón; ¿deja Adriana de ser mujer? Podrá tener el carácter más ó menos excéntrico, pero al fin es una hija de Eva como todas sus hermanas.

—Y como á tal hay que estudiarla mucho para conocerla, cosa en ella algo difícililla por más que á tu madura experiencia le parezca mentira.